

pobres y ricos; los que ostentan un origen elevado, que se presenten, que aquí vendrán igualmente sus parientes en Jesucristo, los pobres de este mundo. Y reunidos todos en esta fiesta, sin igual en el mundo, veréis resplandecer en ella la dignidad de cada uno en medio de la igualdad mas perfecta, pues en ella todos poseen á Dios que á todos se ha dado. Quiera Dios, señores, que al salir despues del templo, seais cada uno de vosotros uno de los verdaderos motores del progreso social enseñado por el Divino Maestro.

DISCURSO SESTO.

LA FRATERNIDAD CRISTIANA CONSIDERADA COMO UNA DE LAS FUENTES
DEL PROGRESO SOCIAL.

Señores: la igualdad en el derecho, ó sea la igualdad ante la ley, es entre los hombres la igualdad mas perfecta, y por lo tanto la que el cristianismo santifica con su dogma y purifica con su luz, porque es el don mas apreciable para la humanidad. Tres son las basas dogmáticas en que funda el cristianismo la igualdad humana. Da á todos los hombres un mismo origen y una sangre misma, porque descendiendo todos de Adan, reconocen todos una misma paternidad; un mismo destino concediendo á todos el derecho de poseer á Dios, y haciéndonos á todos responsables en un grado igual ante la justicia divina; y últimamente, nos da un mismo Mediador, el cual, haciéndonos á todos uno en Jesucristo, nos concede en esta vida para llegar al mismo fin, tres igualdades que forman una sola, y son: la igualdad en la doctrina, la igualdad en la obediencia y la igualdad en el amor del prójimo. No

es otra la igualdad humana, cuyas raíces nacen del fondo del dogma católico, del cual brota, siempre vieja y siempre nueva, para florecer en la legislación de todas las naciones y en la historia de todos los pueblos cristianos. Nada, pues, es más falso, doctrinal é históricamente hablando, que la hipótesis que atribuye á la igualdad humana un origen moderno, ó que la supone un pensamiento de la época.

Hay una verdadera igualdad que santifica el cristianismo, y una igualdad falsa que el cristianismo rechaza; la de clases y condiciones, la igualdad revolucionaria ó sea la exageración sistemática de la libertad. Desde el momento en que los hombres se reúnen para formar en la unidad un conjunto armonioso, nace de su misma unión la desigualdad y se establece la gerarquía social. Los que quieren nivelar las clases, no hacen sino insultar con su propósito el sentido común y la naturaleza. Una sociedad sin desigualdad sería deforme, como verdadero producto de la igualdad revolucionaria, que quitando la variedad quitaría la belleza social; la degradaría, porque lejos de hacerla progresar, no haría sino desquiciarla; así como también produciría la servidumbre, porque es enemiga de la libertad. La igualdad social es el despojo de la propiedad, que quiere ser dividida en fracciones infinitas para llevarnos al comunismo, y por esto podemos decir también que es la supresión de la propiedad.

El buen sentido y la razón protestan con el cristianismo contra este sistema degradante y antisocial: el cristianismo quiere que en medio de la igualdad humana que forma nuestra grandeza común, se con-

serve libre el movimiento de la desigualdad de condiciones, que debe su acción soberana á la Providencia divina y á su propia virtud; y quiere también que las autoridades permanentes escogidas por Dios y por los hombres, sean las que garanticen la igualdad humana y guíen á la sociedad por la senda del verdadero progreso.

Tal es, señores, la verdadera doctrina; y nos atreveremos á sostenerla con igual tesón ante todos los príncipes y ante todos los pueblos del mundo entero. Quizá nunca como ahora he podido ser el fiel intérprete de vuestros pensamientos; algo hay en mi corazón que me indica que las ideas que espreso son vuestras ideas; y esto, señores, me llena de gozo, porque me hace comprender que en la Francia entera, en nuestro país, tan trabajado por las revoluciones, conservamos siempre en pie las ideas de orden, y que la verdad y el buen sentido forman la bandera nacional de la Francia. No faltará quien deje de opinar como la masa común. Pero, señores, los que contradigan por sistema estas verdades elementales, se segregarán voluntariamente de nuestra sociedad inteligente y pensadora, y vivirán aislados, sin que nadie se dignara ocuparse de ellos.

Veamos ahora si el progreso social puede llegar á su verdadero desarrollo con solo los elementos de igualdad y libertad sostenidos por la autoridad. Indaguemos si es posible que existiendo la libertad junto con la igualdad humana y la diferencia de clases, caminemos sin tropiezos que hagan ilusoria nuestra igualdad humana ante nuestra desigualdad social; ó bien si esta desigualdad de clases no acabará por ab-

sorber la igualdad en el derecho destruyendo la igualdad ante la ley. ¡No será preciso, para conciliar los dos extremos, para impedir que la igualdad quiera destruir las gerarquías sociales, que éstas, por lo contrario, quieran oprimir la igualdad, ó que una y otra quieran suprimir la libertad, que exista otra potencia humana que concilie los intereses de una y otras?

Sí, señores, para equilibrar la sociedad y hacerla caminar hácia el progreso, es necesaria una tercera potencia que impida á las otras atacarse y destruirse mutuamente: entre la libertad y la igualdad debe colocarse la fraternidad. Este será el asunto de nuestro último discurso de este año. Demostraremos cuánto importa que se dé á la palabra fraternidad su verdadera aplicacion, y esplicaremos cuál es la fuente de la fraternidad verdadera.

I.

Una de las cosas que mas conviene definir cristianamente y hacer brillar con toda la pureza del cristianismo, es la fraternidad, porque solo Jesucristo sabe cuál es el verdadero sentido de esta palabra por él enseñada. ¡Progreso y fraternidad! He aquí, señores, dos palabras que se han hecho célebres en los tiempos modernos; una y otra llevan consigo grandes esperanzas; una y otra son causa general de grandes temores. La palabra fraternidad, de la cual nos ocupamos ahora, tiene un eco profundo, y es la que

resuena mas universalmente entre todas las que pronuncian los pueblos. Mientras los cristianos la pronuncian sin cesar por ser una de las que brotan del Evangelio, la pronuncian tambien los mas encarnizados enemigos de la religion de Jesucristo, y la hacen resonar de un extremo á otro del mundo con una fuerza que agita á los pueblos y hace estremecer á las naciones.

Há como dos mil años que la Iglesia católica hizo oír por su boca maternal esta palabra tan grata al corazón de los hombres. Y todas las veces que habla por boca de sus sacerdotes á los fieles, la enlaza en sus discursos. Cuando Ciceron hablaba á los antiguos romanos, les trataba simplemente de *Romanos*; Demóstenes, hablando al pueblo de Atenas, daba á sus conciudadanos el dictado de *Atenienses*; pero el orador cristiano, escepto algunas escepciones, al hablar á los hijos de la Iglesia, les da el dulce nombre de *Hermanos míos*.

Esta palabra que pone la Iglesia en todos sus discursos, la ha hecho penetrar desde hace muchos siglos, en las costumbres, en las leyes y en las instituciones cristianas; y cualquiera que lea sin prevencion la grande epopeya del cristianismo en el mundo, verá que, escepto raros casos en que el egoismo ha sofocado en algunos individuos el espíritu cristiano, el cristianismo ha hecho fortalecer y crecer en el mundo la fraternidad entre los hombres. Considerando que al darse la Iglesia el nombre de Madre tiene para todos el tierno amor que consagra una madre á sus hijos, y que todos los católicos buscan amparo en su corazón, considerándose verdaderamente hijos suyos,

dos cosas resaltan de una manera visible y encantadora: la maternidad de la Iglesia y la fraternidad de los cristianos. Tan natural se ha hecho este fenómeno entre los católicos, que no fijan en esto su atención. Semejante al sol, cuyo curso regular contemplan los hombres sin admirarse del milagro que dió armonía á la naturaleza, el astro de la fraternidad cristiana ha hecho sentir como el sol el efecto de sus rayos sin que las sociedades hayan conocido su benéfica influencia, porque en fuerza de la costumbre de verla siempre lucir la consideran como un efecto natural. Los hombres conocen mejor la falta del sol material cuando las tempestades y los meteoros lo ocultan á sus miradas llenas de espanto; así los pueblos, cuando una tempestad moral ó un meteoro social les hace ver las tinieblas del mundo, conocen que les falta la luz de la fraternidad que, sin que ellos lo advirtieran, alumbraba el mundo moral.

Cuando el egoismo del siglo pasado hubo dividido la opinion de los hombres sabios, secado los corazones y causado en las almas el vacío; cuando pareció que Jesucristo, centro divino de la fraternidad cristiana, se habia alejado del mundo, abandonando á los hombres divididos, enemigos y armados unos contra otros; cuando se habia entregado la sociedad á los odios civiles, á los asesinatos jurídicos, á la guerra intestina y á un desquiciamiento social que no habian tenido ejemplo en la historia humana; despues que el individualismo, el materialismo y la Revolucion mataron nuestra inteligencia, nuestra moral y nuestra vida social, fué cuando se levantó del centro de la sociedad atropellada y desquiciada un grito de dolor, y

por todas partes resonaba como un eco de esperanza la palabra fraternidad. El fratricidio habia ocupado el lugar donde se sentaba antes la fraternidad; por esto lloraba la sociedad la ausencia de esta fraternidad tan necesaria, á la cual habia reemplazado el egoismo por una parte y por otra el odio humano; la sociedad perecia, señores, porque la fraternidad no la alentaba con su soplo regenerador. Los sucesos que tuvieron lugar á fines del siglo pasado, hicieron brotar á principios del presente siglo un gran número de ideas sociales; todo era teorías, pero teorías raras; todas ellas, si bien dejaban ver en su fondo ciertas apariencias de bien, eran abortos de la inteligencia y en su mayor parte inmorales; sin embargo, se aparapetaban detras de la fraternidad que les servia de base, de centro, de divisa y de bandera; y en fin, querian regenerar el mundo y establecer un progreso indefinido, y la palabra fraternidad era el eje único de todas sus teorías.

No es otra, señores, la causa de tantos ensueños y tantas esperanzas crédulamente concebidos por algunos incautos; forjan en su imaginacion una sociedad fraternal que debe establecerse, y sueñan con ella por ser el tipo de lo bello y el complemento de todas sus ilusiones. Pero ¡ah, señores! esa humanidad que nos pintan tan hermosa, engaña á todos sus sectarios. Si damos crédito al ideal que nos presentan, lo encontraremos bello y deslumbrador, porque es la fraternidad tal como se la figuran las imaginaciones. Bajo su benéfico influjo desaparecen, segun ellos, los celos, el odio, la ambicion, la rivalidad y la venganza. ¡Cuán risueño nos presentan el porvenir con ese nuevo pa-

raiso terrestre en que todos los hombres se aman, se respetan y se veneran! ¡Todos viven ansiosos del bienestar de cada uno, y cada uno se estasia en vista del bienestar general! ¡Cuán felices serán las generaciones futuras gozando en ese cielo terrestre si las comparamos con su suerte de hoy! ¡No en vano se entregan los hombres de hoy con tanto afan á meditar en la felicidad del dia de mañana, porque ellos viven en el seno de una sociedad egoista que los sofoca, y contemplan con envidia esa nueva y lejana sociedad fraternal y humanitaria! Con razon quieren precipitarnos hácia ese nuevo Eden; con razon las sociedades de hoy claman por todas partes: "Ya va á llegar el dia en que reinará una fraternidad universal; desaparecerá de entre los hombres el individualismo y el egoismo con él; ya no habrá divisiones humanas, se acortarán las distancias y todos los pueblos serán hermanos; en nuestros congresos se tratará de la paz del mundo, y la razon y la justicia serán los únicos árbitros de la suerte de los pueblos. El progreso lo quiere así, y él hará que los pueblos todos se den una mano amiga y que las guerras se borren de la historia humana. La dulce paz reinará donde quiera ocupando el lugar de ese monstruo destructor enemigo de los pueblos; pronto veremos los cañones y los instrumentos de guerra espuestos en los museos como recuerdos de un ayer que pasó y no volverá: el espíritu del siglo hará que los gobiernos y las sociedades boguen hácia el progreso, para que despues de las borrascas pasadas lleguen á buen puerto donde gozarán de un eterno amor y de una fraternidad eterna!"

Tal es el brillante porvenir que nos espera segun los nuevos profetas; tal es la aurora del nuevo dia de felicidad que debe brillar para los pueblos. Pero no nos dejemos fascinar por estas profecías, señores, y veamos si son ciertas ó si son una ilusion. Supongamos que esto no sea mas que un ideal de felicidad humana. Veamos de qué modo podemos acercarnos á ese ideal. Es preciso que no dejemos á las sociedades vivir de ilusiones que no han de ver realizadas jamas.

No negaré, señores, que existe cierta tendencia á establecer de buena fe una fraternidad mas general, mas pura, mas sincera, tal vez que la que ha reinado hasta aquí, y lo digo sin ironía; quién sabe si Dios tiene algun designio oculto al permitir que en estos tiempos modernos se invoque la fraternidad de una manera mas eficaz y con mas calor que en los tiempos pasados, y quieré valerse de esta palabra para que las naciones cristianas entren de lleno en la senda verdadera del cristianismo; quizás quiere que se dé una aplicacion mas verdadera al Evangelio para curar las llagas de la humanidad doliente, y de este modo cimentar de nuevo la vida cristiana en la caduca Europa, que parece olvidarse del reino de Jesucristo.

Pero lo que hemos dicho relativamente al progreso, lo decimos tambien con relacion á la autoridad, pues si deja entrever una esperanza, oculta tambien un grave peligro. Si se da á la palabra fraternidad el verdadero sentido del Evangelio, podemos esperar un bien; pero si en vez de esta aplicacion se le da otra, la palabra fraternidad será una amenaza para las sociedades y un sinónimo de catástrofe social. Las pa-

labras que en boca de la virtud indican un bien, en boca del crimen manifiestan un mal. La palabra fraternidad, que en boca de un cristiano significa el amor espresado por una palabra, es en boca del anticristiano una amenaza terrible empleada por los revolucionarios para aterrar á sus enemigos. No nos basta para tranquilizarnos oír repetir todos los días en Francia, en Europa y en el mundo entero la palabra *fraternidad*; no, no podemos fundar en esta palabra las esperanzas de nuestro porvenir. No olvidemos, señores, que en nombre de la fraternidad se han decapitado á muchos hombres ilustres; no olvidemos que la humanidad entera ha visto con dolor sacerdotes y pontífices, magistrados y capitanes, príncipes y princesas, santos y santas, es decir, la religion, la probidad, la nobleza y la virtud, subir al cadalso teniendo á su derecha la estatua de la libertad, y á su izquierda la de la fraternidad. No nos basta, decimos otra vez, que se pronuncie sin cesar esta frase, si no se le da el verdadero sentido que encierra, si no se quiere aplicar á las sociedades tal como la aplicó el que la dejó salir de sus divinos labios. Y cuando veo y observo de cerca á los hombres que en estos tiempos conmueven el mundo pronunciando sin cesar esta palabra amorosa, tiemblo, señores, porque temo que los falsos hermanos le den una interpretacion sangrienta.

Debemos notar que desde que el cristianismo popularizó entre los pueblos esta palabra tan dulce y á la vez tan terrible, el espíritu anticristiano y los instintos feroces de algunos hombres se valen de ella para presentarla á la sociedad como una espada de dos filos; quieren proclamar á la humanidad frater-

nal, pero degollando á los hermanos. En todas las épocas fecundas en asesinatos y en desastres públicos, brota la sociedad hombres feroces que profanan y deshonran la santidad de esta palabra; y estos hombres, señores, se dan el título de hermanos de la sociedad. Pero ¿qué clase de hermanos es ésta, Dios mio! Contempladlos, señores, y si alguna señal hay á su alrededor que los distinga de los demas, es la aureola del egoismo; las tres cuartas partes de ese círculo doctrinario que se separa de los demas hombres, se compone de hermanos á quienes la sociedad rechaza de su seno por considerarlos enemigos; y la humanidad entera se estremece de horror al ver que esa fraternidad roja de sangre enarbola el estandarte del fratricidio. Podrán, si quieren, esos asesinos, esos devastadores de pueblos y destructores sociales, llamarse ora hermanos Pastores, ora hermanos Valdenses ó bien hermanos Moravos;¹ podrán, si quieren darse otros títulos mas seductores, como algunos que conoceis ya y no necesitamos mencionar; llámense como quieran, señores, será lo mismo, porque siempre representarán el anticristianismo que lleva la fraternidad en los labios, el puñal en la mano y el ase-

¹ Tres sectas que han predicado el desórden social. La primera la formó en Francia, en 1250, una cuadrilla de vagabundos, y con el pretexto de componer una cruzada para libertar al rey Luis IX, durante su cautiverio en Egipto, se proponia atacar al clero y á la nobleza, y empezó por demoler las iglesias y los castillos. La reina Blanca de Castilla hizo perseguir á esos malhechores, que fueron alcanzados y derrotados en el Berry, cerca de Belcaire. La segunda tomó el nombre de Pedro Valdo, que fué su fundador en Francia, en Leon, en el año de 1160, y predicaba contra la gerarquía eclesiástica. La tercera la formó el cura Miguel Bradacz en Bohemia, en 1457, con los restos de los husitas que no quisieron someterse á las decisiones del concilio de Basilea.—*Nota del Traductor.*